

TOMA DE DECISIONES

Miguel Ángel Melián Negrín

La vida es una constante problemática, un tumulto de situaciones que dictaran el camino de tu vida, un camino de indecisiones diarias que cambian según la perspectiva de cada individuo y el contexto en el que se sitúen.

¿Alguna vez te has preguntado por qué pasan las cosas? Seguramente sí. Es una pregunta que nos acompaña durante toda nuestra vida, cada vez que algo cambia, cada vez que aprendemos una lección, cada vez que... Miles de veces se lo había preguntado, nunca había tenido respuesta hasta aquel entonces.

Era un día más en la rutina para ella, hasta arriba de preocupaciones, males, temores que la acompañan durante su vida, que se aferran a ella, sin ningún motivo, simplemente, casualidad. A todos nos toca vivir una vida distinta, cada uno tiene sus preocupaciones, sus historias, sus idas y venidas. Pero, lamentablemente, el tipo de vida

diaria que lleva en aquel entonces es un infierno en vida que lo viven varios miles de personas. Un mal compartido que pesa sobre miles de vidas inocentes. Con el mal me refiero a la constante preocupación insostenible que viven estas personas a causa de la inestabilidad de sus países, la incapacidad de su Gobierno, la codicia militar, el ego... Todo esto se convierte en un cóctel molotov cuando se encuentran con una población dividida, que a lo largo de la historia no ha vivido un periodo de relativa paz duradero, de tranquilidad. Una población mal acostumbrada a la guerra constante, una población en decadencia.

Estoy hablando de un país costero, cuya situación en determinadas zonas roza lo dramático. Es por ello que la necesidad aflora, y hace que los instintos más primitivos del ser humano alumbren, hace que se den situaciones inhumanas en un mundo que consideramos "desarrollado". Es por ello que me he decidido a contar su historia, una historia que abra los ojos de aquellos que son ciegos viéndolo todo.

Madre soltera de dos hijos, harta de tener que convencer a sus hijos día a día de que lo que sucede solo será durante un tiempo, que todo mejorará y saldrá todo bien. Todas las noches les cuenta cómo será la vuelta a su antigua casa, que el lugar al que llaman casa actualmente y donde conviven con muchas más familias en su misma situación. Se ve obligada a mentirles cada vez que sus hijos le preguntan sobre cuándo irán al colegio, sobre cuándo van a poder elegir lo que quieren comer, cuando le preguntan a su madre sobre que ha sido sobre sus amigos, que no saben dónde están, que hace tanto tiempo que no ven.

No hay dolor más grande para una madre que mentirles a sus hijos, intentar convencerles con palabras, aunque sus ojos mienten cada vez que habla con sus hijos, ante la mirada atenta de los niños.

Un día, se presenta la ocasión, la que estaba esperando desde hacía ya mucho tiempo. Un hombre, de apariencia militar, con rostro serio marcado por una cicatriz que recorre su mejilla derecha,

aparentemente con recursos importantes (debido a la cantidad de hombres que él encabeza), llega con su brigada al campamento donde hace ya seis meses se encontraba viviendo aquella familia. Se sitúa en el centro del campamento, en un pequeño hall que da lugar a las comidas durante la mañana, tarde y noche, es entonces cuando uno de sus hombres le pasa un megáfono y comienza a hablar:

- ¡Atención a todo el mundo! -exclama el hombre con un tono serio- Ha llegado la hora de irse, hay plazas limitadas así que daros prisa.

Todos los allí presentes queríamos una plaza para salir, sea como fuere.

Aquel hombre, aparente salvador, explico cómo había ayudado a muchas familias como nosotros, con ansias de abandonar no sólo el campamento, sino el país. Nos ofrecía una nueva oportunidad para cambiar nuestro destino, para empezar de cero, para ser otra familia, para poder tomar las decisiones por nosotros mismos.

No había venido en nombre del gobierno, ni en nombre de alguna de sus instituciones, les explicó que eran un grupo variado, con recursos materiales y militares, que se dedicaba simplemente a ofrecer esta oportunidad a cambio de un precio. ¿Cómo lo hacían? Tenían en su poder varias lanchas neumáticas a motor que servían como vehículo para llegar a la costa de la tan ansiada Europa, la gran opción para abandonar esa vida, esa tristeza y rabia diaria que nos envuelve sin quererlo bajo el paraguas de una constante impotencia.

Por ello, se arma de valor, recoge sus cosas y todos sus ahorros, y, juntos a sus dos hijos, se pone en contacto con aquellos hombres con pinta de salvadores, habían dejado un mero teléfono, un teléfono que le pareció hasta largo de marcar debido a las ansias que le corroen por

dentro. Le dan una dirección, en la costa, un día, a finales del mes de octubre, y una hora a la que estar en el lugar.

Aún se encontraban a mediados del mes de octubre, ansiosos por aprovechar la oportunidad que le habría brindado la vida. Ya había tomado la decisión de su vida, pensaba, lo que no sabía era las grandes mentiras que se ocultaban tras aquellas gafas de sol, tras aquellos discursos de esperanza, de la oportunidad de buscar y labrarse un futuro nuevo, una vida mejor. No sabía que no eran un simple grupo de hombres filántropos que se dedicaban a ayudar y a mejorar la situación de todas las personas que lo buscaban, lo que no sabía...

Apenas dos semanas de preparación, no solo materialmente, sino psicológicamente, tenían que afrontar el viaje con una nueva perspectiva, aquella madre tenía que hacer ver a sus hijos que lo que iban a hacer era lo correcto, que era la única vía para abandonar aquella vida y volver a la de antes. Durante aquellas dos semanas esa madre tuvo que convencer con la mirada y con las palabras a sus hijos, descontentos en dejar la que había sido su tierra, no comprendían la gravedad de la situación, eran demasiados pequeños para comprenderlo.

Tras varias historias llenas de palabras esperanzadoras intentando explicar a sus hijos como iban a dejar todo atrás, sus amigos, su antigua casa. Llegó el día, aquel 30 de octubre que no sabía que iba a marcar su vida. Logra llegar a la hora en el sitio acordado, con sus maletas y con sus ahorros en la mano, en la otra, los dos niños formando en total una cadena de tres personas, tres personas bajo un mismo cielo que solo luchaban por un fin. Hacía frío, demasiado viento como para que el mar estuviera tranquilo, -da igual-, pensaba, solo quería irse de allí da igual cómo. Sólo quería dejar atrás todos esos sentimientos que la arrastraban como si de un ancla se tratara.

Sudor y nervios es lo que predominaba en aquella madre, observa el vehículo en el que se van a disponer a montar para escapar de aquel infierno en vida e ir al lugar donde todo va bien. Observa aquella lancha, solamente un motor, mal apretado a la lancha, no hay que ser un genio para saber que la lancha no era la mejor del mundo, que quizás nos costaba ni la mitad de lo que significaba un puesto en aquella lancha neumática hecha de plástico malo.

Les tocaba aguantar una larga cola, mientras esperaban, aquella madre no creía que todas esas personas, alrededor de cien, irían a caber dentro de una lancha hecha para aproximadamente cincuenta, como mucho sesenta personas. A medida que avanzaban veía que se amontonaban en una furgoneta los objetos y las maletas de todas las personas que iban subiendo a la lancha. Se da cuenta de que les están haciendo dejar sus posesiones para que la barca se llene y los objetos no ocupen el espacio que ocuparía otra persona, un bien más para aquellos mercenarios. Sí, ya se había dado cuenta en aquel momento de lo que iba a suponer aquel viaje y de que lo que les importaba a aquellos hombres era el dinero de cada espacio de la lancha.

- No es para tanto -pensaba aquella madre que le daba poca importancia a lo material y solo pensaba en lo que iban a ganar cuando llegasen a la frontera de algún país europeo.

Ya queda menos para embarcar en aquella lancha, la cola se termina. La lancha va demasiado apretada. Aquella madre ya se temía lo peor, pero le quedaba algo de esperanza. Llegan juntos hacia el lugar del embarque. Les obligan a dejar sus cosas atrás, los niños comienzan a llorar, -no pasa nada, ya volveremos a por ellas, les decía a sus hijos. Logran subir a la lancha, son los últimos en subir y los más apretados. La madre estaba asombrada de aquella capacidad tan extraordinaria como repugnante de meter, no embarcar, a más de cien personas dentro de una lancha fabricada para no más de sesenta. Se dio cuenta, entre tantas personas en su misma situación, de que no eran salvadores, sino

mercenarios que aprovechaban la desesperación de esas personas para hacerse ricos, se ahorraban el coste de una buena lancha con un buen motor, de un buen combustible, a cambio de todos los ahorros de aquellos quienes la salvación se había convertido en su rezo diario. Observa como no hay ninguna maleta, bueno si, la de un hombre que había montado en la lancha para buscarse la vida igual que los demás pero con una diferencia, él fue el elegido por los mercenarios para conducir la lancha, sin ningún criterio, sus vidas quedaban en las manos de un hombre que no conocían, del cual no sabían nada.

Les habían dicho que el motor tenía el suficiente combustible como para llegar a la costa europea, que en unas horas llegarían y todo se acabaría. Era mentira. Una mentira que acabará con el naufragio, debido a la falta de combustible, de aquella lancha y de la muerte de la mayoría de las personas aquel vehículo hacia la muerte, del que todo el mundo tenía conciencia del peligro que corrían, pero la desesperación era mayor que cualquier lógica aplicable a la situación.

Comienza el viaje, aquella madre se aferra a sus dos hijos, la suerte estaba echada. Tras varias horas apretados en aquella lancha a sus hijos les entra hambre, le piden a su madre algo de comer para el resto del viaje, la madre sacó unas chocolatinas que había conseguido introducir en aquella lancha sin que los mercenarios se diesen cuenta de su presencia, el resto, estaba de camino a alguna de las casas de aquellos mercenarios que se habían quedado con todas sus pertenencias. Sacia el hambre de sus hijos, no por mucho tiempo. Se estaba quedando dormida cuando unos gritos la despertaron. La lancha se había parado, no se movía, tras varios intentos de aquel inexperto hombre para arrancarla que no servían para nada, se rompió la correa por la cual se tiraba del motor para arrancarlo. Además, era inútil, aquellos mercenarios habían puesto combustible únicamente para algunos kilómetros, insuficientes para llegar a la costa de algún país europeo pero suficiente para que no pudieran volver a la costa donde habían salido.

La lancha se sumió en un descontrol total, cada una de aquellas personas se ponía de pie, más de cien personas de pie encima de una lancha.

La catástrofe se huele, y, de pronto, la lancha vuelca, todo se vuelve negro. En el mar quedaban disueltas todas aquellas ilusiones prometidas en aquel campamento. No había tiempo para pensar en lo perdido, se trataba de no perder más aún. El frío se convierte en el protagonista.

Comienza la desesperación, la madre busca a sus dos hijos, ninguno sabía nadar, el menor, de cinco años, fue a parar más lejos que el mayor, de siete. He aquí la verdadera decisión más dura de su vida. Ha de elegir entre una de las vidas de sus hijos, la decisión más dura e inimaginable para una madre, ninguna persona nace para tomar esas decisiones, nadie está hecho para decidir sobre la vida de otra persona y, mucho menos, ninguna madre es capaz de decidir qué vida vale más.

Es por eso que prima el instinto, el instinto de salvar a quien está más cerca de donde se encuentra. Se lanza a nadar hacia su hijo mayor, salvando las personas que se intentan agarrar a una de las afortunadas que sabía nadar, a medida que nadaba veía morir ahogados a sus compañeros de viaje, pero no tenía tiempo para ellos, se centraba en la vida de sus hijos.

Consigue llegar al mayor, se lo engancha en una de las manos como puede y, media hundida, tiene que seguir nadando hacia su otro hijo. Habían transcurridos unos pocos minutos eternos entre donde estaba y su hijo mayor, y ahora, otra eternidad para llegar a recoger al otro niño, la madre no tenía esperanza, ¿Qué iba a hacer un niño de cinco años entre tanto tumulto y desquicie y sin saber nadar? Donde cada uno luchaba por sí mismo y el interés individual primaba antes que el colectivo. Fue duro, pero fue así.

La madre sabía que no iba a llegar a su hijo, casi no podía avanzar, la ropa le pesaba, a ello se le sumaba los 40 kilos de su hijo mayor. Era imposible. Sabe que no va a llegar a salvar la vida de su hijo. Su capacidad pulmonar no da para más. Las lágrimas saladas recorren sus ojos mientras sigue intentándolo, pero sabía lo que iba a pasar. Si seguía avanzando iba a decaer ella, y junto a ella su hijo mayor. Cuando todo parecía perdido, cuando no había hueco para la esperanza, aparece un barco blanco resplandeciente, con una gran cruz roja en su proa, llegaba la verdadera salvación. Sabía que tenía que hacer lo posible para desviar la atención hacia su hijo menor, de hacer lo posible para que lo viesen y lo rescatasen, ella sabía que podía aguantar a flote con su hijo mayor.

De aquel barco comienzan a saltar unas quince personas, quince personas para cien personas, en aquel momento el número se había reducido debido a los ahogamientos de aquellos que no sabían nadar.

No aguanta tanta tensión, se desmaya.

Aquella mujer rellena de coraje no pudo más, no pudo aguantar la visión de tantas muertes a su alrededor y la lucha por mantenerse a flote de su hijo menor. No aguantaba más, su cuerpo, no su mente, desistió.

Despertó, en su cabeza, una meta, buscar a sus hijos. Preguntando a todo el mundo. Desesperada y sin un mínimo de esperanza, pensaba que habían muerto, que el hijo menor no pudo aguantar más y que el mayor había desistido junto a ella.

Es ahí cuando dos personas, con una cruz roja grande en el pecho de su camiseta, se acercan, le ofrecen algo de comida. Ella desiste la comida y solo busca a sus hijos, una respuesta que le permita vivir su vida o, en cambio, de acabar con ella. Esas dos mujeres la tranquilizan, le dan la noticia que ambos se han salvado, su hijo menor se encuentra

en observación porque ha tragado mucha agua, y el mayor, está en la planta de arriba comiendo algo caliente para hacer que su cuerpo recupere su temperatura normal, había estado con hipotermia grave y tenía que recuperarse, pero no había más peligro, no había de que preocuparse.

La alegría es tan inmensa que la madre solo piensa en verlos, obvia el hambre atronadora que recorre su estómago o cualquier manta que le pide su cuerpo. Se decide a ir a buscarlos, abraza al mayor mientras ambos vigilan a su hijo, a aquel hermano que tanto le quedaba por vivir.

Una vez ‘normalizada’ la situación, logran llegar a la costa de un país europeo, logran salvarse y logran establecerse con un hogar propio. Todo se normaliza, pero no en el interior de la madre, sabe que por lo que ella ha pasado lo pasan diariamente un gran número de personas que, desgraciadamente, no corren la misma suerte que ellos han vivido. Creía que ya había pasado por la dura realidad de tener que tomar decisiones, pero le quedaba una más. Meses después, me encontraba con aquel uniforme mayoritariamente blanco con una cruz roja en el pecho, con aquellas ganas de ser la salvadora de personas como lo habían sido para mí, dando mi vida para que otros puedan vivirla y dando la oportunidad por la que yo misma luchaba, dando la esperanza que tanto agradecía y me mantuvo viva. Dando oportunidad a la vida, y como forma de agradecer a todas aquellas personas el haber salvado la vida de mis dos hijos, tome la decisión de darlo todo para que otros tengan lo que yo.

Esta es la historia, sí, mi historia.